Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº 44, pág. 20. Título original: *II Papa del Concilio" ventesima puntata: Giovanni XXIII inaugura l'ecumenismo.*
Autor: P. Francesco Ricossa.
Fecha: **noviembre 1996.** Traducido al español. Pág. web: www.sodalitium.it
email: info@sodalitium.it

"EL PAPA DEL CONCILIO"

Vigésimo episodio: JUAN XXIII

INAUGURA EL ECUMENISMO.

por el P. Francesco Ricossa

Montreal, 21-07-1963: Visser't Hooft, secretario del Consejo Mundial de las Iglesias, con el cardenal Léger. Fue Visser't Hooft quien solicitó al concilio que proclamara la doctrina sobre la libertad religiosa.

Geoffrey Francis Fisher nació en 1887, seis años más joven que Juan XXIII. Fue el décimo hijo del rector de High-on-the-Hill. Siguiendo los pasos de su padre, se convirtió, con tan solo veintisiete años, en rector de la famosa escuela teológica de Repton, donde conoció a Rosamund Chevalier Forman, hija de un exrector. Se casó con ella y tuvo seis hijos ([1]). Mientras tanto, como ya recordé en el episodio anterior, desde 1916 Fisher fue iniciado en la Logia *Antigua Reptoniana* nº 3725 de la Gran Logia de Inglaterra ([2]); Evidentemente, la escuela teológica de Repton fue simultáneamente un hervidero de masones y eclesiásticos, lo que confirma la ósmosis existente entre la masonería, el anglicanismo y la monarquía en Inglaterra. De 1932 a 1939, Fisher fue obispo anglicano de Chester; de 1939 a 1945 fue ascendido a Londres, y a partir de 1945 se convirtió en arzobispo de Canterbury y Primado de toda Inglaterra. En este cargo, fue él quien coronó a la reina Isabel II el 2 de junio de 1953 en la Abadía de Westminster. Mientras tanto, también había desarrollado una carrera entre los masones, convirtiéndose en 1939 en Gran Capellán de la Gran Logia Madre del Mundo ([2]). Incluso entre los anglicanos, era considerado "de ideas liberales" (...). Inmediatamente después de su nombramiento a la Sede de San Agustín [de Canterbury], había pedido el fin de la discriminación racial en toda la *Commonwealth* y había comenzado a implementar un programa ecuménico muy valiente para la Iglesia anglicana, todavía muy ligada a las estructuras conservadoras" ([1]). De hecho, en el anglicanismo siempre ha habido una tendencia hacia el calvinismo y una opuesta hacia el catolicismo (la "Alta Iglesia"). En el siglo pasado, el *Movimiento de Oxford* aumentó las tendencias procatólicas del anglicanismo, hasta el punto de que la gente hablaba de "anglicano-catolicismo" ([3]). Los "anglicanos-católicos" eran ecumenistas por naturaleza, en el sentido de que esperaban un acercamiento, sino unión, entre la Iglesia anglicana y la Iglesia católica romana; fue precisamente por esta razón, sin embargo, que se opusieron al ecumenismo hacia otros protestantes (calvinistas, metodistas, bautistas, etc.) que no contaban con una estructura episcopal: este ecumenismo significaba ampliar la brecha entre Roma y Canterbury y, lo que era aún más grave, demostrarles que la Iglesia Anglicana ya no era una Iglesia Católica (como insistían en creer). Fue nuestro Geoffrey Fisher quien asestó el golpe definitivo a los anglocatólicos, acentuando enormemente el carácter protestante del anglicanismo. «En 1947 se fundó una Iglesia del Sur de la India en la que las diócesis anglicanas se fusionaron con misiones de afiliación metodista y congregacionalista» ([3]). Una parte del anglicanismo se fusionó así por completo con el protestantismo más extremista. La Conferencia de Lambeth de 1948, presidida por Fisher, estuvo

dividida sobre el tema, pero Canterbury apoyó la innovación, que luego fue plenamente reconocida en 1955. También en 1948, los anglicanos participaron masivamente en la primera gran conferencia ecuménica del *Consejo Mundial de Iglesias*, celebrada en Ámsterdam. Diez años después, se celebró la IX Conferencia de los "obispos anglicanos" en el histórico palacio arzobispal de Lambeth, presidida por Fisher (3 de julio-10 de agosto de 1958). En ella, se aprobó el control de la natalidad (que había sido condenado en 1908), se hizo posible el divorcio y se declaró o planeó la plena comunión no solo con la Iglesia del Sur de la India, sino con todas las Iglesias calvinistas y metodistas de la India, Birmania, Pakistán, Ceilán, África Occidental y Jerusalén ([4]). La reacción de muchos anglicanos fue de consternación. "Las conciencias de los anglicanos, clérigos y fieles", escribió el editor de la revista mensual *The Dome*, el reverendo Frederic O. Davis, "han sido duramente puestas a prueba desde 1955" con su sumisión "al ecumenismo protestante". "Muchos anglicanos, en todas partes del mundo, oraron antes de la Conferencia de Lambeth de 1958, con la esperanza de que revirtiera esta tendencia suicida. ¡Nada de eso! El episcopado anglicano en su conjunto dio su bendición a los proyectos que consideraba llamados a realizar la 'gran Iglesia del futuro'. A los ojos del cristianismo de mentalidad católica, tal doctrina de la Iglesia era herética". Los anglocatólicos de Davis propusieron entonces a la Santa Sede crear una Iglesia anglocatólica en transición hacia la unión plena con Roma, o aceptar una unión con un gran grupo de anglicanos. Tras ocho meses de negociaciones, entre 1958 y 1959, la respuesta fue negativa: la única vía era la conversión individual pura y simple al catolicismo. Davis se convirtió e ingresó en el seminario de Roma.

En una entrevista con el semanario católico londinense *The Univers*, Davis, entre otras cosas, declaró: «Es probable que los líderes de la Iglesia Anglicana continúen en la dirección del ecumenismo protestante. Esta postura se volverá insostenible para muchos pastores anglicanos, y muchos creerán que ha llegado el momento de pensar en un retorno a Roma. Existe ahora una tendencia protestante en la Iglesia Anglicana en materia de ecumenismo y moralidad. Así es como se ve a los pastores que intentan impartir una enseñanza ortodoxa y ven sus esfuerzos demolidos por sus superiores» ([5]). El reverendo Davis no podía imaginar que, mientras abandonaba la Comunión Anglicana por ella había aceptado la herejía del ecumenismo protestante, al mismo tiempo Juan XXIII, al establecer el *Secretariado para la Unión de los Cristianos* y recibir a Geoffrey Fisher, responsable del giro pro-protestante anglicano, intentaba atraer a los católicos a la efervescente corriente del movimiento ecuménico...

El "Arzobispo" de Canterbury, el Masón Fisher,
en la Coronación de la Reina Isabel en 1953

El trabajo del *Secretariado para la Unión de los Cristianos*

"El Dr. Fisher concluyó la entrevista diciendo que consideraba su visita al Santo Padre [Juan XXIII] un acontecimiento de importancia histórica, pero que consideraba **mucho más importante la creación del *Secretariado para la Unión de los Cristianos***. Su visita es algo pasajero, mientras que el *Secretariado* es una institución permanente que continuará la obra". Estas son las palabras finales, de fundamental importancia, de un informe oficial de la reunión celebrada en Roma en la casa del cardenal Bea, en el Pontificio Colegio Brasileño, entre él y el Dr. Fisher, al regresar de la audiencia "pontificia" con Juan XXIII ([6]). De hecho, la "reunión histórica" de la que hablaremos ya era fruto de la labor del *Secretariado*, establecido por Juan XXIII mediante el Motu Proprio *Superno Dei nutu* del 5 de junio de 1960 y presidido por el Cardenal Bea ([7]). El 13 de junio, Jules Marx Isaac fue recibido (en secreto) y comenzó el diálogo con el judaísmo ([8]); el 2 de diciembre, la reunión con el Primado Anglicano inauguró oficialmente el diálogo en la cumbre con el protestantismo y, en general, con el movimiento ecuménico. Ya hemos relatado los preparativos para la reunión con Isaac; ¿cómo se gestó la reunión con Fisher? Otro anglicano recibido por Juan XXIII, el "Obispo" Southwark, hablando de la próxima audiencia con Fisher, afirmó: "Las reuniones en la cumbre no pueden dar resultados satisfactorios si no ha habido una preparación cuidadosa y un acuerdo de principio

entre bastidores" ([9]). La versión oficial habla de una decisión espontánea y casi improvisada de Fisher. ¿Qué ocurrió, en cambio, "entre bastidores"?

En la oscuridad de la noche, en un hotel de Londres...

El 2 de noviembre de 1960, "un comunicado oficial del entonces arzobispo de Canterbury, Dr. Geoffrey Fisher, informaba que, en el contexto de su peregrinación a Palestina, además de una visita a Constantinopla [al patriarca Atenágoras, su colega en el cisma y la masonería - nota del editor], también tenía la intención de hacer una 'visita de cortesía' a Juan XXIII". Este último, "visiblemente feliz con el anuncio", le dijo al cardenal Bea, dos días después: "El horizonte comienza a aclararse, ánimo" ([10]). Si Juan XXIII estaba feliz, el mundo católico estaba perplejo. "La decisión de Fisher —continúa el padre Schmidt— demostró lo poco que Roma se había preparado para visitas de este tipo"; fue, escribió Bea más tarde, "un **hecho nuevo** al que uno tenía que acostumbrarse tanto psicológicamente como con respecto a las circunstancias externas" (11). «El primer 'incidente' —escribe Schmidt de nuevo—, fue la forma en que se anunció la visita en *L'Osservatore Romano*. En los caracteres más gráficos disponibles, el periódico escribió: "Las agencias de prensa y los diarios han dado amplia cobertura al anuncio de la visita del Dr. Fisher, arzobispo anglicano de Canterbury, al Papa Juan XXIII. El Dr. Fisher, que planeaba pasar por Roma a su regreso de un viaje a Tierra Santa, expresó su deseo de ser recibido por el Sumo Pontífice, teniendo cuidado de especificar que sería una visita de cortesía. Su Santidad hizo saber que el deseo fue bienvenido. La audiencia privada tendrá lugar uno de los primeros días del próximo diciembre"» ([12]). El periódico vaticano evidentemente intentaba minimizar la importancia del evento. Peter Hebblethwaite atribuye sobre todo al cardenal secretario de Estado, Domenico Tardini, el intento de reducir la visita y obstaculizar los planes del cardenal Bea (y del propio Juan XXIII). El padre Schmidt, secretario de Bea, intenta contradecir al exjesuita en este asunto ([13]), quien, sin embargo, se basa en el testimonio directo que le dio por escrito, el 22 de febrero de 1982, Robert Horbny, entonces jefe de prensa de Fisher.

Incluso el artículo del Padre Roberto Tucci, S.J., publicado en Civiltà Cattolica y reimpreso por el Osservatore Romano, parece querer minimizar la importancia de esa visita ya inminente y negar las interpretaciones de los ecumenistas (quienes, sin embargo, tenían razón sobre la importancia de su éxito). De hecho, en la declaración del 31 de octubre emitida por la Oficina de Información de la Iglesia, el Dr. Fisher, al anunciar su futura visita a Juan XXIII, declaró que el ecumenismo tenía como objetivo lograr «una unidad

de espíritu con los bautistas, los congregacionalistas, los metodistas e incluso los católicos romanos». La declaración de Fisher —según el artículo del Padre Tucci— continuó aludiendo, como ya se había hecho en Saint-Andrews [donde se celebró una reunión del Consejo Ecuménico de Iglesias en verano con la participación de algunos miembros del Secretariado de Bea] (14), a un «rápido cambio en la actitud de Roma hacia este esfuerzo por la unidad espiritual y el entendimiento mutuo», según el cual, en su opinión, por parte de la Iglesia católica se había pasado de la ignorancia y la sospecha a un creciente interés y simpatía, e incluso, en ciertos círculos, a un deseo manifiesto de integrarse en el espíritu de este movimiento. El Dr. Fisher vio otra «señal manifiesta» de este cambio en la constitución del nuevo *Secretariado para la Unidad de los Cristianos*, en el que el propio Monseñor Willebrands, uno de los observadores católicos en Saint-Andrews, fue llamado a colaborar como secretario. "A la luz de lo que ha escrito", concluyó la declaración anglicana, "el Arzobispo desea, en un espíritu de cortesía y amistad entre cristianos, visitar al Patriarca Ecuménico y al Papa a su regreso de Jerusalén". El artículo del Padre Tucci continuó informando sobre las reacciones de la prensa internacional, especialmente la italiana y la inglesa. Según el director de Civiltà Cattolica, se habían hecho exageraciones y suposiciones gratuitas: «Se escribió que era legítimo suponer que la reunión tendría carácter oficial» (*I Paesé*), que se enmarcaba en un movimiento promovido por el Papa por la unidad cristiana» (*Il Messaggero*); que la iniciativa provendría del propio Santo Padre, quien habría hecho saber al Dr. Fisher, a través de Monseñor Willebrands, quien se habría mostrado satisfecho con su visita (*La Nazione*), que la reunión sería «fruto de una cuidadosa preparación diplomática, dirigida sobre todo por Sir Peter Scarlet, representante británico ante la Santa Sede» (*Il Tempo*), y una etapa de negociaciones posteriores». Si bien en el Vaticano se observó la más estricta reserva —continúa el padre Tucci— y el *Osservatore Romano*, tras su breve declaración del 20 de noviembre, no volvió al tema, el Dr. Fisher, en cambio, sintió la necesidad de aportar algunas aclaraciones (...). El 5 de noviembre, dirigiéndose a la conferencia diocesana, afirmó que en el pasado jamás habría podido proponer una simple visita sin dar lugar a graves malentendidos. El hecho de que una reunión de este tipo pudiera celebrarse ahora se debe a la nueva mentalidad que reina en todas las Iglesias y también a la iniciativa abiertamente tomada por el Papa de hacer saber que la Iglesia Romana desea mejores relaciones, en clara alusión a la institución del *Secretariado*. Un periódico inglés, el *New Statesman* (5 de noviembre), mostrando una concepción muy flexible del dogma, incluso añadió que "la unidad nunca podrá ser un hecho consumado hasta que Roma decida adoptar

ciertos cambios fundamentales en materia doctrinal". Contra todas estas interpretaciones, *Civilta Cattolica* intentó convencer al lector de que "la visita se presentó desde el principio". como un simple gesto de cortesía del arzobispo de Canterbury hacia el Santo Padre, en una audiencia privada, por lo tanto, carente de carácter oficial": nada diferente de lo que los papas León XIII, Pío XI, Pío XII y el propio Juan XXIII ya habían hecho, sin causar tanto revuelo ([15]). Pero el padre Tucci trabajó en vano: en realidad, lo que intentó negar era, en esencia, ¡la realidad! El propio Fisher intentó disipar la suposición «según la cual, con motivo de la reunión ecuménica de Saint-Andrews, habría existido algún tipo de "complot" para acordar secretamente esta visita» ([16]). En realidad, las cosas habían sucedido exactamente como Tucci y Fisher querían negar. «La preparación de la visita comenzó en verano —admite ahora el padre Schmidt— cuando Johannes Willebrands se encontraba en Inglaterra para participar, como observador, en una reunión de Fe y Constitución [la reunión del *Consejo Mundial de Iglesias* que tuvo lugar en Saint-Andrews, Escocia – nota del autor].

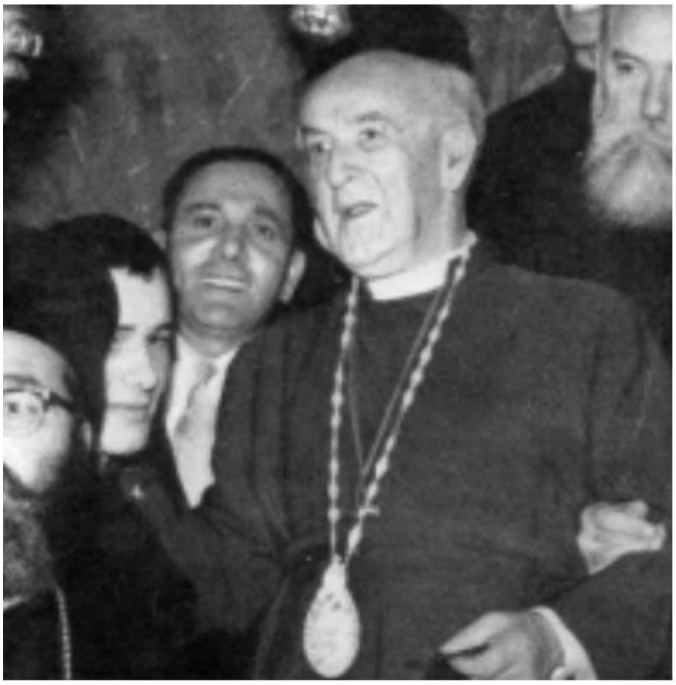
En el más absoluto secreto, se reunió, **en la oscuridad de la noche** en un hotel de Londres, con el canónigo John Satterwaite, secretario de Relaciones Intereclesiales de la Iglesia de Inglaterra. En agosto de 1962, el mismo canónigo me mostró el hotel donde tuvo lugar la reunión. Allí, Satterwaite comunicó a Willebrands la intención del arzobispo Dr. Fisher de emprender un viaje que lo llevaría a Tierra Santa y Constantinopla, y, en ese contexto, realizar una visita de cortesía al papa Juan. En octubre llegó la confirmación final y la comunicación de que la noticia se haría pública el 2 de noviembre [más precisamente, fue el 31 de octubre - nde]" ([17]). El Concilio, en resumen, se preparó de noche, en un hotel de Londres y en el sótano de una sinagoga de Estrasburgo ([18]). La iniciativa no provino, por lo tanto, solo de Fisher: se acordó con la *Secretaría*. Y la visita fue "privada" y "de cortesía" solo en apariencia: formaba parte, en realidad, del plan a largo plazo adoptado por Bea y Juan XXIII en vista del Concilio Vaticano II.

H. ∴ Fisher en el Vaticano

Así llegó el fatídico día de la visita del sucesor de Thomas Cramner al presunto sucesor de San Pedro: el masón Geoffrey Francis Fisher fue recibido por Juan XXIII. Monseñor Capovilla, conmemorando el evento, escribió: «Fui testigo presencial de esa reunión que tuvo lugar, por así decirlo, de puntillas... Para ese día, no se previó un protocolo. La hoja de audiencia

contenía esta escueta nota: “12:15 p. m. Dr. Geoffrey Fisher”» ([19]). “El Arzobispo, que es la primera personalidad en Inglaterra después de la Reina”, fue recibido casi en secreto, sin protocolo, “con la completa exclusión de los medios de comunicación social”. Juan XXIII se quejó de ello: “Aquí no todos entienden estas cosas...”, pero “esta forma de proceder venía dictada, entre otras cosas, por el temor de que la actitud hacia el invitado pudiera interpretarse como un reconocimiento de su dignidad como obispo ([20]) y cabeza de la Iglesia de Inglaterra, incluso de la Comunión Anglicana. Este reducido aparato externo resulta aún más sorprendente si se considera que, en marzo de 1966, el sucesor del Dr. Fisher, el Dr. Michael Ramsey, será recibido con la mayor solemnidad en la Capilla Sixtina, bajo los focos de la televisión, en un solemne servicio de oración, en presencia de representantes del Colegio Cardenalicio y del Cuerpo Diplomático” (21). (¡De 1960 a 1966, la audiencia con Fisher había dado sus frutos!). Por lo tanto, hubo resistencia implícita o explícita a la reunión ([22]), y quizás los propios organizadores (Bea, Juan XXIII...) no insistieron en darle mayor prominencia, por temor a aumentar esta oposición. Fisher, que no tenía las mismas preocupaciones, intentó sacar el máximo provecho del evento. «Hay que reconocer —admite Schmidt— que el propio arzobispo no lo puso fácil. El día anterior a la audiencia, pronunció un sermón en la Iglesia Anglicana de Todos los Santos en Roma, en el que, con una clara alusión a la Iglesia Católica Romana, subrayó el contraste, “resuelto posteriormente con la Reforma del siglo XVI”, entre “la concepción de una Iglesia imperialista y la más antigua y apostólica de una Mancomunidad (*Commonwealth*) de Iglesias”» ([23]). Incluso Hebblethwaite habla de la “crudeza anglicana” de Fisher hacia la Iglesia Católica, acusada de imperialismo ([24]). Por lo tanto, el cardenal “Tardini no oculta en absoluto su hostilidad y se pone manos a la obra para acortar la visita. Bea no está autorizado a asistir a la audiencia ([25]). Tardini, además, había enviado a Monseñor Antonio Samoré, un miembro relativamente joven de su equipo, para supervisar al Papa Juan y rendirle cuentas” ([24]). ¿Qué se dijeron Juan XXIII y Fisher durante los 55 minutos de la audiencia? Si el primero, como era su costumbre, recordó los lazos históricos entre las dos sedes, el inglés, por otro lado, según su jefe de prensa Hornby, reiteró su idea de la unidad de la Iglesia: no a través del regreso de los disidentes a Roma, sino a través de un entendimiento colegial entre “dos Iglesias” que “corren paralelas” ([26]). En la conversación con Bea, Fisher preguntó sobre el *Secretariado*, las relaciones entre anglicanos y católicos, así como “una posible invitación de observadores anglicanos al Concilio” ([27]). “Unos días después”, el cardenal Bea, en un artículo en *Civiltà Cattolica*, pudo jactarse

de la “gran importancia” de la cumbre Fisher-Roncalli ([28]). Como veremos, no se equivocaba.



Fisher en la Gruta de la Natividad durante su viaje a Oriente Medio, antes de su encuentro con Juan XXIII

Las consecuencias de la audiencia con Fisher

La visita del Primado anglicano no debería haber quedado sin seguimiento, como en cambio la del luterano Dibelius a Pío XII. Las principales consecuencias, en mi opinión, son tres:

1) La “luz verde” a otras innumerables iniciativas similares.

2) El impulso del *Secretariado* a la doctrina ecumenista y el respaldo a su posición en la Comisión Preparatoria Central del Concilio.

3) Las maniobras, casi perfectamente exitosas, para la participación de no católicos en el Concilio como “observadores” o “invitados”, con la decisiva influencia que su presencia tuvo en el propio Concilio.

Examinaremos el primer punto en esta entrega, dejando los otros dos para la siguiente, no sin antes hacer un análisis preliminar de las reuniones ecuménicas previas a la visita de Fisher a Juan XXIII.

Reuniones ecuménicas antes de Fisher

Incluso antes de la histórica audiencia con el anglomasón Fisher, Juan XXIII había abierto ampliamente las puertas de su despacho privado a los no católicos, aunque a menudo con extrema confidencialidad. He intentado

hacer una lista de ellos, excluyendo a los Jefes de Estado, recibidos por razones más políticas que religiosas. La personalidad más importante fue, sin duda, Monseñor Iakovos. El diario católico *La Croix* informó el 17 de abril de 1959 que «el arzobispo Iakovos, nuevo líder espiritual de la Iglesia Ortodoxa Griega de América del Norte y del Sur, reveló que recientemente había sido recibido en audiencia por el papa Juan XXIII. "Es la primera vez en trescientos cincuenta años —declaró—, que un prelado ortodoxo realiza una visita de este tipo". El arzobispo Iakovos especificó que su visita al Vaticano no había tenido carácter oficial; declaró al respecto que la Iglesia Ortodoxa Griega había reaccionado "muy favorablemente" al proyecto del Concilio Ecuménico, pero que había adoptado una actitud de prudente espera» (28). Cabe destacar que Iakovos Koukouzis, de Malta, era miembro del Comité Central del *Consejo Mundial de las Iglesias* y, por lo tanto, una figura destacada del movimiento ecumenista. Además, fue recibido por el papa Juan como representante especial del Patriarca Ecuménico Atenágoras. La visita fue consecuencia de la referencia a los antiguos proyectos conciliares constantinopolitanos, contenidos en el mensaje de Navidad del Papa, cuya importancia ecuménica no había pasado desapercibida. De hecho, el Patriarca Ecuménico había respondido con prontitud en el mensaje del 1 de enero de 1959 (...). En abril, la visita fue devuelta al Patriarcado de Constantinopla por el delegado apostólico en Turquía, Mons. Giacomo Testa, un hombre de confianza del Papa ([29]). La audiencia fue sin duda importante, pero tuvo menos consecuencias que la que posteriormente se le concedió a Fisher, debido a la absoluta discreción que la acompañó; de hecho, "no consta *en los documentos de la audiencia* de la antecámara papal". ([29]). En el artículo antes mencionado del Padre Tucci en *Civiltà Cattolica*, se revelan otras audiencias privadas, hasta entonces ignoradas o poco conocidas: la del Dr. Mervyn Stockwood, recientemente elegido "obispo" anglicano de Southwark, en los primeros meses de su pontificado; la del canónigo Donald Rea, el 4 de junio de 1959, a quien Juan XXIII entregó su breviario ([30]); y, en dos ocasiones, la de otro eclesiástico anglicano, Marcus James ([31]).

El resultado de estas primeras reuniones ecuménicas (¡así como de todas las posteriores!) lo podemos deducir del comportamiento del "obispo" Stockwood. Tras regresar a la diócesis tras una audiencia con Juan XXIII, el Dr. Stockwood no encontró nada mejor que hacer que perseguir a uno de sus subordinados, el reverendo A.E. Harris, párroco de la iglesia de San Andrés en Carshalton, expulsándolo de su iglesia y prohibiéndole ejercer su ministerio en la diócesis. ¿Cuál fue el delito del anciano pastor anglicano? Celebrar según el rito de la Iglesia Romana, y no según el *Libro de Oración Común* de la "Iglesia" anglicana. ¡La gota que colmó el vaso fue una "Misa

Mayor con Procesión" para la festividad de la Asunción! Nuestro "obispo" ecumenista, recién llegado de su encuentro con el "Papa Roncalli", irrumpió en la iglesia parroquial el 23 de agosto de 1959, anunciando el cierre de la iglesia de San Andrés, a la espera de la reintroducción del rito reformado. El pobre Harris, al salir de su iglesia, habría concluido su discurso de despedida gritando: "¡Viva el Papa!". ([32]). No sabía, ni podía imaginar, que Juan XXIII estaba del lado de su perseguidor y que el "obispo" Stockwood era solo el precursor de los innumerables obispos católicos (?) que, después del Vaticano II, pusieron y siguen poniendo todo su celo en prohibir la misa católica y expulsar a los sacerdotes que aún quieren celebrarla.

La audiencia concedida al "canónigo" Donald Rea también es interesante. Rea era un "anglocatólico", presidente de una *Confraternidad* para la Unidad fundada en 1926 "para restaurar la comunión con la Santa Sede". El mundo anglocatólico se vio consternado por la decisión de Federic O. Davis de abandonar el anglicanismo para convertirse en sacerdote católico, en abierta controversia con sus antiguos correligionarios. Rea y Juan XXIII hablaron al respecto, y este último, contradiciendo a Davis, dijo, aludiendo claramente a él: «Para trabajar por la unión es necesario: 1º, ser muy manso y humilde; 2º, ser paciente y saber esperar la hora de Dios; 3º, **insistir en acciones positivas, dejando de lado momentáneamente los elementos de divergencia y evitando discusiones que puedan perjudicar la virtud de la caridad**" ([31]). Juan XXIII contradijo a Davis y así, «caritativamente», abandonó al pobre Rea en su herejía... Este episodio aparentemente insignificante es, en cambio, el símbolo del punto de inflexión de Roncalli: la "Iglesia Católica", hasta entonces hostil al ecumenismo protestante, entraría en el gran movimiento ecuménico. La institución del *Secretariado* y la audiencia concedida a Fisher no hicieron más que confirmar esa orientación.

Después de Fisher: idas y venidas de herejes en el Vaticano

La visita de Fisher y, según Hebblethwaite, la muerte del Secretario de Estado, el cardenal Tardini ([33]), dieron lugar a un verdadero ir y venir de herejes en el despacho privado de Juan XXIII. Veamos primero la lista preparada por el secretario de Juan XXIII, Monseñor Capovilla:

"Bernard Pawley ([34]), Canónigo de la Catedral de Ely (Inglaterra) y representante personal del Arzobispo de Canterbury y del Arzobispo de York (12 de junio de 1961); Dr. Arthur Lichtenberger, Presidente de la Iglesia Episcopal de los Estados Unidos (15 de noviembre de 1961); Dr. Joseph Jackson ([35]), Presidente de la Convención Nacional Bautista de los Estados Unidos (20 de diciembre de 1961); Dr. Archibald C. Craig ([36]), Moderador

de la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana de Escocia (28 de marzo de 1962); Dr. Mervyn Stockwood ([37]), Obispo Anglicano de Southwark (Inglaterra) (7 de abril de 1962); Profesor Edmund Schlink DD, Profesor de la Universidad de Heidelberg (Alemania), Representante del Consejo de la Iglesia Evangélica en Alemania (27 de abril de 1962); Dr. Arthur Morris, obispo anglicano de St. Edmundsbury e Ipswich (10 de mayo de 1962); Metropolitano Damaskinos de Volos (Grecia) (17 de mayo de 1962); Dr. Joost de Blank, arzobispo anglicano de Ciudad del Cabo, Sudáfrica (20 de junio de 1962)" ([38]).

La lista de Capovilla termina antes del Concilio, pero no es completa. Por ejemplo, ignora por completo a los representantes de las religiones no cristianas. Ya he hablado de los judíos ([39]); a lo ya dicho, puedo añadir una noticia de capital importancia para quienes conocen el papel de la logia judeo-masónica B'nai B'rith ([40]): «**El 18 de enero de 1960, una delegación de la organización judía internacional B'nai B'rith se dirigió al Papa en el Vaticano para hablar sobre el resurgimiento del antisemitismo, "para agradecerle la ayuda prestada a los judíos perseguidos durante su delegación en Turquía (1935-1944) y por haber eliminado el término pérfido de la liturgia del Viernes Santo"**» ([41]).

Hebblethwaite cita otro caso significativo: «El 30 de julio de 1962 recibió en audiencia a Shizuka Matsubara, superiora del templo sintoísta de Kioto, Japón, con su familia. Podría verse aquí una de esas imágenes exóticas, bastante incongruentes, que causan fascinación en el Vaticano. Juan ve las cosas de otra manera. El mundo entero, ahora, es su familia. Escribe: "(...) el Papa ama sentirse unido a todas las almas rectas y honestas que viven en la tierra, pertenecientes a todas las naciones en un espíritu de respeto, comprensión y paz. Ora al Señor por todos ellos, en el voto que santifica la buena voluntad de cada uno de servirle, conocerle y amarle, en la búsqueda de la fraternidad universal y en la expectativa de los bienes eternos (...)"» ([42]). Ni un atisbo de un posible deseo suyo de convertir a los pobres paganos a la fe... Incluso con respecto a los no católicos bautizados, que ahora nos interesan más aquí, la lista de Capovilla es incompleta. Por ejemplo, el reverendo Brooks Hayds, presidente de una asociación bautista más grande que la del mencionado Jackson, fue recibido el 23 de octubre de 1961 ([43]).

En mayo de 1962, Juan XXIII recibió al reverendo A. H. Simmons, acompañado por otros 10 miembros de la Sociedad de la Santa Cruz, una asociación de "sacerdotes" anglicanos ([44]). También se mostró mucha discreción con ocasión del primer encuentro entre Juan XXIII y los "monjes" calvinistas Roger Schutz, prior de Taizé, y Max Thurian, colaborador de Schutz, que tuvo lugar el 13 de octubre de 1960 ([45]).

El teólogo protestante Roger Schutz se estableció en Taizé, Borgoña, en 1940, reuniendo rápidamente a su alrededor una comunidad monástica dedicada al ecumenismo con católicos y ortodoxos. Taizé fue (y sigue siendo) el modelo de la futura Iglesia soñada por muchos ecumenistas, ni católicos, ni ortodoxos, ni protestantes, ya que es, de hecho, una mezcla sincrética de las tres religiones. La influencia de Taizé en el Vaticano II, como veremos, fue considerable, y la liturgia de la Misa reformada por Pablo VI en 1969 sigue la liturgia vigente en Taizé ([46]). La audiencia concedida a los frailes de Taizé fue la consecuencia lógica de la reunión entre unos sesenta pastores protestantes y ocho arzobispos y obispos franceses que tuvo lugar en Taizé con la aprobación del pastor Boegner, presidente de la Federación Protestante de Francia y "de las altas autoridades romanas" (el cardenal Gerlier *dixit*). Las altas autoridades romanas solo podían ser Juan XXIII.

Las visitas ecuménicas hacen brillar la estrella de Bea

Una primera consecuencia inmediata de estas visitas ecuménicas a Juan XXIII es el prestigio que recayó en el organizador de estas reuniones, inaudito en aquel entonces: el cardenal Bea, con su *Secretariado para la Unidad de los Cristianos*. Basta con consultar la prensa católica de la época para darse cuenta de cómo, en poco tiempo, el cardenal Bea, hasta entonces desconocido para la mayoría, se convirtió, en ese delicado período de preparación del Concilio, en el protagonista omnipresente y el verdadero "conductor" de todos los acontecimientos. La "fiebre ecuménica" había estallado repentinamente. El asunto era particularmente importante dada la situación histórica: nos encontramos, de hecho, en los tres años (1960-1962) de preparación para el Vaticano II; para los criptoherejes era de vital importancia llegar al Concilio dándole desde el principio no la dirección prevista por la Curia Romana y el Santo Oficio, sino la que ellos mismos deseaban. He hablado de este tema desde el episodio 14 (nº 36 del *Sodalitium*) y en todos los posteriores. La actividad de Bea se manifestó de diversas maneras: reuniones ecuménicas (directamente o a través de hombres del *Secretariado*, especialmente Willebrands), artículos, conferencias y entrevistas (en las que difundió sus ideas ecuménicas) y, finalmente, de manera más institucional, la preparación de los planes preparatorios y su debate en la *Comisión Central Preparatoria*, presidida por el propio Juan XXIII. En todos estos casos, la tensión llegó a su punto álgido y comenzaron los primeros enfrentamientos con los verdaderos católicos, pero el giro a favor del ecumenismo protestante dado por Juan XXIII pronto hizo triunfar el punto de vista de Bea.

De Gazzada a Nueva Delhi: los encuentros ecuménicos entierran la encíclica *Mortalium ánimos* y el "no" católico a los congresos ecumenistas

En cuanto a las reuniones ecuménicas de Bea y sus compañeros, no puedo seguirlas todas, son tan numerosas ([47]); la biografía de Bea, escrita por el Padre Schmidt, es exhaustiva sobre este tema que, en parte, ya he tratado ([48]). Solo hablaré de algunos casos en los que surgieron las primeras resistencias. El primer ejemplo es el de la «*Conferencia Católica para las cuestiones ecuménicas*», celebrada en Gazzada (Milán) del 19 al 23 de septiembre de 1960. Fue la primera "experiencia" importante de Bea tras la creación del *Secretariado* en mayo. Dado que los miembros del *Secretariado* coincidían a menudo con los ponentes, todos ellos exponentes del ecumenismo "católico", "fue la primera reunión, aunque no oficial, del Secretariado" ([49]). Para participar en la Conferencia, según las instrucciones del Santo Oficio *Ecclesia Catholica*, Bea tuvo que obtener permiso de la Santa Sede ([50]). Ahora bien, a partir de la respuesta, aunque positiva, de Juan XXIII, Bea se dio cuenta de que el cardenal Ottaviani había ejercido una fuerte presión sobre Roncalli. "Es bueno que Su Eminencia intervenga en Gazzada —le escribió Juan XXIII—, aunque sea por poco tiempo. Surge la duda sobre las proporciones que podría asumir el Secretariado junto con la gran Comisión central y las comisiones católicas individuales, dada la ansiedad que ya parece surgir de los hermanos separados por actuar con rapidez, solicitar contactos que podrían distraer a los Padres del Concilio y crear alguna perturbación o retraso en su trabajo habitual. En cuanto al permiso para que los católicos asistan a reuniones con no católicos, será apropiado consultar con el Santo Oficio" ([51]). Evidentemente, Ottaviani le había señalado a Juan XXIII lo que debería haber sido obvio: el *Secretariado*, al tratar el mismo asunto que el Santo Oficio desde una perspectiva opuesta, inevitablemente chocaría con él y acabaría, en nombre del ecumenismo, intentando hacerse cargo de toda la preparación del Concilio, que hasta entonces había estado confiada a la Curia. Bea, sin embargo, no perdió la compostura; no solo fue, aunque solo por un día, a Gazzada, sino que al día siguiente se reunió en Milán, en el Centro San Fedele (de los jesuitas), con el secretario general del *Consejo Mundial de las Iglesias*, Dr. W.A. Visser't Hooft, en el más absoluto secreto ([52]). En esta reunión, entre otras cosas, hablaron "de enviar **observadores oficiales** a la Asamblea del Consejo que se celebraría **en Nueva Delhi** el año siguiente", "se abordó la cuestión de invitar a **observadores de otras Iglesias al Concilio**" y "se acordó mantener un diálogo

no oficial con los teólogos de la *Conferencia Católica para las cuestiones ecuménicas* **sobre el problema de la libertad religiosa**" ([53]).

Grupo de participantes en la reunión del Consejo Mundial de las Iglesias en Nueva Delhi en 1961. En primer plano, a la izquierda, está el Dr. Visser't Hooft, secretario del Consejo Mundial de Iglesias, y a la derecha, Fisher.

El segundo ejemplo se refiere, precisamente, a la Asamblea del *Consejo Mundial de las Iglesias* celebrada en Nueva Delhi (19 de noviembre-6 de diciembre de 1961). «Para este paso, de importancia fundamental para el desarrollo ulterior de los contactos ecuménicos, no solo hubo dificultades protocolarias, como en la visita del arzobispo de Canterbury. "Fue una gran novedad —observó el cardenal [Bea] al comentar el evento—, ya que hasta entonces los católicos solo podían participar en conferencias similares como 'periodistas'. Posteriormente, hubo que superar algunas dificultades bastante serias…"» ([53]). La "dificultad bastante seria" fue el Santo Oficio del cardenal Ottaviani. Primero exigió la lista de nombres de los "observadores" que el *Secretariado* pretendía enviar a Nueva Delhi; luego, con una "carta solemne" al cardenal Bea, comunicó que era necesario "mantener el princi-

pio vigente hasta entonces: es decir, las personalidades elegidas debían participar en la Asamblea no como observadores, sino como 'periodistas'" ([53]). Bea respondió enviando un informe a Ottaviani, en el que afirmaba la nueva situación creada por el anuncio del Concilio y su propósito ecuménico, plasmado en la institución del *Secretariado para la Unidad de los Cristianos*, así como la posibilidad de obtener el envío de observadores no católicos al Concilio, una posibilidad que habría fracasado si la Iglesia no hubiera enviado observadores a la reunión del *Consejo Mundial de las Iglesias*. El informe fue enviado a Juan XXIII con fines informativos; Bea no insistió más con Roncalli: "No quiero involucrarlo", dijo. "Ya tiene suficientes dificultades incluso sin esto". El padre Schmidt aclara las palabras de Bea de la siguiente manera: "Pensé que se refería a las dificultades que el Papa tenía con el jefe del Santo Oficio" ([53]). Pero esta vez la intervención de Juan XXIII a favor de Bea tuvo que ser decisiva ([54]), ya que Ottaviani lo aceptó todo y "en julio de 1961 fue posible comunicar oficialmente en Ginebra que cinco observadores católicos asistirían a la Asamblea" ([53]). Este acontecimiento fue "la gran novedad" del encuentro ecumenista: "Fue un paso de importancia fundamental para futuros desarrollos, en particular para la futura presencia en el Concilio de observadores de otras confesiones cristianas" ([53]). En este punto, Bea tenía el camino despejado y no encontró más obstáculos, salvo en la fe de los católicos que intentaba cambiar.

Bea difunde la nueva doctrina ecumenista...

El viaje de Bea a Inglaterra en agosto de 1962 es un ejemplo de ello. El 5 de agosto de 1962, conoció al sucesor de Fisher (quien había dimitido), Michael Ramsey, el cual regresaba de un viaje a Moscú ([55]). Entre otras cosas, Ramsey y Bea hablaron "de las dificultades inherentes a las relaciones con la jerarquía católica inglesa, en particular la confirmación del bautismo a los anglicanos que se convierten a la Iglesia católica" ([56]). Habiendo superado, por el momento, la resistencia romana, Bea tuvo que "convertir a los ingleses" (católicos, por supuesto) al ecumenismo ([57]). Esto fue difícil, porque "el cardenal Bea era persona *non grata* para la mayoría de los obispos ingleses", empezando por el cardenal William Godfrey, arzobispo de Westminster, "francamente desconfiado de todo el movimiento ecuménico". Este juicio sobre el cardenal Godfrey fue emitido por el entonces arzobispo de Liverpool, John Carmel Heenan, quien, aunque había invitado a Bea a Inglaterra para predicar la palabra ecumenista, él mismo todavía se mostraba bastante indeciso. La visita de Bea fue entonces como una especie de gran reciclaje *ante litteram* del clero católico inglés, invitado a Heythrop,

el 7 de agosto de 1962, para asistir a la conferencia de Bea sobre la Tema: "El sacerdote, ministro de la unión", en cual se explicaba la necesidad de abandonar la mentalidad del pasado, que consideraba a los anglicanos, "hermanos en Cristo", como "adversarios". El as en la manga de Bea era el amor al Papa y el espíritu de obediencia de los católicos; "llegó a Heythrop con una carta del cardenal Cicognani, secretario de Estado, que transmitía la bendición del Papa a la conferencia". En aquel momento, incluso el cardenal Godfrey, "para quien el ecumenismo suscitaba gran aprensión", pero que era "apasionadamente fiel a la Santa Sede", estaba, en consecuencia, "decidido a seguir el impulso ecuménico del Papa Juan". Los obispos ingleses, que se habían agotado explicando que el concilio sería "ecuménico" (es decir, universal) pero no "ecumenista", se vieron contradichos por Bea, quien, en palabras del arzobispo Worlock, "viene a decirnos que estamos equivocados y que en este punto... Los anglicanos siempre han tenido razón desde el inicio. "Lo que ocurrió el 7 de agosto de 1962 en el Heythrop College —comenta Hebblethwaite—, es importante porque representa lo que sucede en otros lugares en vísperas del Concilio: en un espíritu de obediencia, se aceptan explicaciones 'liberales' porque se cree que esto es precisamente lo que quiere el Papa Juan' ([57]).

La actividad de Bea, como demuestra el episodio del Heythrop College, no se limitó a las reuniones ecuménicas; también difundió los principios del ecumenismo protestante mediante numerosas conferencias y artículos periodísticos; disponemos de una lista detallada y de comentarios en profundidad en la biografía de Bea escrita por su secretario ([58]). Entre los muchos, elegimos como ejemplo el artículo *El catequista ante el problema de la unión de los cristianos* ([59]), comentado con picardía por Hebbelwaithe ([60]). El texto retomaba una conferencia pronunciada por el cardenal en territorio "enemigo", en el *Angelicum*, el 22 de enero de 1961, que de hecho "no tuvo un éxito particular, pero ejerció una influencia considerable cuando se publicó en la revista *La Civilta Cattolica*". He elegido este artículo-confesión, porque en él, como escribe el padre Schmidt, "se trató **por primera vez** extensamente el problema del bautismo y sus consecuencias para la pertenencia de otros cristianos a la Iglesia" ([61]). Bea basa sus tesis en el Magisterio joánico: 1) la distinción entre error y errante, que "será una de las afirmaciones clave de la *Pacem in Terris* ([61])", 2) el hecho de que los no católicos son nuestros hermanos (cf. Juan XXIII, enc. *Ad Petri Cathedram*), 3) esto significa que "la gran mayoría de los hermanos separados son de buena fe", y por tanto 4) "si están válidamente bautizados, son miembros del Cuerpo místico de Cristo". Bea, escribe Hebblethwaite, «cita el discurso del Papa Juan a la comisión preparatoria el 13 de noviembre de 1960: 'Dice que

es *un gran punto que todo bautizado se dé cuenta de que la Iglesia sigue siendo Su Cuerpo místico* [de Cristo], *del que Él es la Cabeza, al que cada uno de nosotros, creyentes, nos referimos, al que pertenecemos*'. La sintaxis está sometida a tortura, pero el sentido es claro: de una eclesiología que excluye a los demás cristianos, se pasa a otra que los engloba. (...) Recorta la encíclica *Mystici Corporis*, enterrándola en las páginas de Denzinger como un curioso documento histórico de 1943» ([62]). Después de este artículo en la *Civiltà Cattolica*, el cardenal Bea multiplicó sus escritos y conferencias para exponer y defender las novedades que se hicieron "oficiales" con el Concilio Vaticano II. Era inevitable, sin embargo, que encontraran la oposición de los miembros todavía plenamente ortodoxos de la jerarquía. Esta oposición se manifestó de forma dramática durante la preparación oficial del Concilio Vaticano II en las comisiones preparatorias. La próxima entrega estará dedicada a estos acontecimientos; pero la política ecuménica iniciada por Juan XXIII y el fuerte apoyo que Angelo Giuseppe Roncalli prestó siempre al cardenal Bea en los momentos cruciales decidieron de antemano el destino del futuro concilio y sus trágicas consecuencias.

Notas

1) GIANCARLO ZIZOLA, *Giovanni XXIII. La fede e la politica*, Laterza, Roma-Bari, 1988, págs. 228-231.

2) P. ROSARIO F. ESPOSITO, *Santi e massoni al servizio dell'uomo*, Bastogi, Foggia, 1992, pág. 214.

3) J.W.C. WAND, *La Chiesa anglicana, II Saggiatore*, Milán, 1967, págs. 143-144, 195-199. Wand fue "obispo" anglicano de Londres sucediendo a Fisher.

4) Cf. *La Documentation Catholique*, 1959, columnas 50-58.

5) Cf. *La Documentation Catholique*, 1960, columnas 105-107.

6) STJEPAN SCHMIDT, *Agostino Bea, il cardinale dell'unità*, Città Nuova, Roma, 1987, pág. 368.

7) Cf *Sodalitium*, El Papa del Concilio, XVI episodio: Il Segretariato per l'unione dei cristiani (nº 38, págs. 4-17).

8) Cf. *Sodalicio*, nº 40 y 41.

9) *Evening Standard*, 1 de noviembre de 1960. Citado por P. Tucci en la *Civiltà Cattolica*, cf. *La Documentation Catholique*, 1960, col. 1568.

10) S. SCHMIDT, *op. cit.* pág. 366. Para ser exactos, parece que el comunicado de Fisher estaba fechado el 31 de octubre y apareció en la prensa el 2 de noviembre.

11) AUGUSTINE CARD. BEA, *Ecumenismo nel Concilio*, Bompiani, Milán, 1968, pág. 34.

12) S. SCHMIDT, *op. cit.* págs. 366-367; *L'Osservatore Romano*, 2-3 de noviembre de 1960, pág. 1.

13) "Sorprende la afirmación de Hebblethwaite (pág. 383) de que al cardenal [Bea] no se le permitió ver al arzobispo [Fisher]. Ottaviani contra nosotros mismos (págs. 370 y sigs.) también parece carecer de fundamento auténtico. Cuando el Card. Bea fue mencionado al respecto sobre sus relaciones con el Card. Ottaviani, éste respondió invariablemente: «Somos buenos amigos" (S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 368, nota 42). Sin duda, el padre Schmidt está mejor documentado y es más reflexivo que el padre Hebblethwaite, pero cabe considerar que el secretario de Bea intenta dar una imagen "oficial" de su cardenal, eliminando o subestimando cualquier aspecto polémico o ruptura con el pasado. En esto, Schmidt es un buen discípulo de su astuto y prudente maestro, pero aquí se contradice, pues él mismo relata, en las páginas 385-387, uno de los enfrentamientos entre Ottaviani y Bea, relatado, de forma un tanto vívida, por Hebblethwaite y Zizola. En cuanto a la prudencia del cardenal Bea, la he mencionado repetidamente en episodios anteriores; ahora puedo añadir un ejemplo curioso. Se trata de una carta de respuesta del cardenal a Don Luigi Cozzi, párroco de Solimbergo (Udine), conocido en todo el mundo por su claro antijudaismo. Don Cozzi, de hecho, había escrito al cardenal Bea para estigmatizar sus relaciones con la B'nai B'rith. Aquí está la respuesta seráfica: "Reverendo Señor —le escribió el Cardenal Bea el 10 de julio de 1962—, en respuesta a su carta del 22 de junio, solo unas palabras para asegurarle que el problema de los judíos y el antisemitismo está siendo bien considerado aquí, en la Santa Sede, por las oficinas competentes. La cuestión es demasiado compleja para ser desarrollada en una carta breve, sobre todo porque no se puede hablar de 'judíos' en general, ya que ellos mismos distan mucho de estar de acuerdo entre sí. No nos queda más que orar por estos hombres de cuyo linaje surgió nuestro Señor mismo según su naturaleza humana, y por María Santísima, así como por los Apóstoles. Con las más abundantes bendiciones para usted y su actividad pastoral, le digo, devotamente en el Señor. † Cardenal Agostino Bea". El Cardenal Bea también podría haber dicho de Don Cozzi: "¡Somos buenos amigos!".

14) Me parece interesante citar un pasaje del capítulo IX (Acontecimientos en la Iglesia Católica) del Informe del Comité Central del Consejo Mundial de las Iglesias, reunido en St. Andrews (Escocia) del 16 al 24 de noviembre de 1960. Refiriéndose al anuncio del Concilio y al establecimiento del *Secretariado* de Bea, el Consejo Mundial escribió: "El Consejo Mundial de las Iglesias considera importantes estos acontecimientos por varias razones. En primer lugar, muestran el camino recorrido desde que el Vaticano hizo su primera declaración oficial sobre el movimiento ecuménico en 1928 con la encíclica *Mortalium animos*, que contenía una interpretación absolutamente negativa del movimiento. No cabe duda de que, posteriormente, el Vaticano ha decidido desempeñar un papel activo en las conversaciones ecuménicas. (...) Así, como dijo el padre Congar, **por primera vez en la historia**, la Iglesia Católica Romana, con motivo del Concilio ecuménico, entra en una estructura de diálogo. El significado completo de todo esto solo se aclarará en los próximos años..." (*La Documentation Catholique*, 1961, col. 111).

15) P. ROBERTO TUCCI, *La visita di cortesía del dott. Fisher a S.S. Giovanni XXIII*, en *La Civiltà Cattolica* del 19 de noviembre de 1960, parcialmente tomado de *L'Osservatore Romano* del 19 de noviembre. Cito en traducción de la versión francesa, publicada por *Documentation Catholique* (D.C.) 1960, columnas 1566-1578. El Padre Tucci alude a las audiencias solemnes concedidas por León XIII al rey Eduardo VII y por Pío XI al rey Jorge V, y a las privadas concedidas por Pío XII a la princesa Margarita, a la princesa Isabel con su esposo Felipe de Edimburgo, y por Juan XIII a la reina madre acompañada por la princesa Margarita. Sin embargo, es evidente que estas visitas no pueden compararse con la del Dr. Fisher, ya que los miembros de la Casa Real Inglesa fueron recibidos no como protestantes, sino, precisamente, como miembros de la dinastía reinante. Más pertinente es la referencia a la audiencia estrictamente privada concedida por Pío XII al Dr. Otto Dibelius, "obispo" luterano y presidente del Consejo de la Iglesia Evangélica de Alemania (véase DC 1956, columnas 413-416). En cuanto a las reuniones ecuménicas de Juan XXIII antes de la visita de Fisher, hablaré de ellas más adelante.

16) R. TUCCI, art. cit., col. 1571.

17) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 366.

18) Cf. *Sodalitium*, nº 41, pág. 53.

19) LORIS F. CAPOVILLA, en *L'Osservatore Romano* del 9 de diciembre de 1985, pág. 8.

20) Como es sabido, León XIII, con la carta apostólica *Apostólicas curas* del 13 de septiembre de 1896, confirmó solemnemente las decisiones previas de la Santa Sede y definió infaliblemente la invalidez de las órdenes anglicanas. El Dr. Fisher, por lo tanto, no era ni obispo ni sacerdote, sino solo hereje, masón y... ¡doctor!

21) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 367.

22) "Además, en los días previos, el Papa tuvo que contener varios intentos de disuasión por parte de emisarios del 'Pentágono' [los cardenales conservadores - nde]. En ciertos pasillos, los gritos de prelados autoritarios y majestuosos resonaban contra la iniciativa del Papa. En una palabra, el hereje no podía volver a pisar, como tal, el bastión de la Verdad. Y desde el momento en que entró, el hecho tuvo que ser cuidadosamente eliminado y encubierto" (GIANCARLO ZIZOLA, *Giovanni XXIII. La fede e la politica*. Laterza, Roma-Bari, 1988, págs. 229-230). Dejando a un lado los gritos en los pasillos y el partidismo de Zizola, las cosas debieron de suceder más o menos así. Por otro lado, al describir la audiencia con Fisher, el relato de Zizola es correcto y se ajusta al libro de Schmidt.

23) S. SCHMIDT, *op. cit*., pág. 367.

24) P. HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 540.

25) Schmidt niega este detalle (*op. cit*., pág. 368, nota 42; véase también la nota 7 de este artículo), basando su argumento en el hecho de que, con igual discreción, Bea recibió a Fisher el mismo día de la audiencia con Juan XXIII. Pero Hebblethwaite no afirma que Fisher y Bea no se conocieran, sino solo que Bea no estuvo presente en la audiencia con Juan XXIII.

26) P. HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 540. Zizola (en la página 230) y Hebblethwaite (en la página 541) reportan las habituales "frases históricas" ("Buenos días, Su Santidad, hace cuatro siglos que no nos vemos"; "Su Santidad, estamos haciendo historia") que ellos mismos consideran legendarias, como las anécdotas de los conservadores que hablan de un Juan XXIII cariñoso, ¡que ni siquiera se habría dado cuenta de que estaba recibiendo a un anglicano! En cuanto a Fisher, hizo una declaración a su regreso a Londres: "Hablamos de Estambul. El Papa vivió allí diez años. (...) Por lo demás, a ambos nos interesaba el espíritu de unidad, la unidad de espíritu entre los hermanos cristianos y entre todos los hombres del mundo entero, y él habló de esta gran cuestión que concierne a todos los cristianos" (*Documentation Catholique*, 1960, col. 1563).

27) S. SCHMIDT, op. cit., p. 368.

28) *Documentation Catholique*, 1959, col. 702.

29) GIUSEPPE ALBERIGO, *L'annuncio del Concilio. Dalle sicurezze dell'arroccamento al fascino della ricerca*, en: A. A. W., *Storia del Concilio Vaticano II*, editado por G. Alberigo, Peeters/ Il Mulino, Lovaina-Bolonia, 1995, vol. I, págs. 44-45.

30) El semanario católico *The Tablet* del 5 de agosto de 1959 publicó el relato de la visita de Rea a Roma (véase *La Documentation Catholique*, 1960, columnas 107-109). Según ALBERIGO (*op. cit*., pág. 46), Rea era portador de una carta del arzobispo de Canterbury, por lo que su visita puede considerarse como el preludio de la visita del mismo arzobispo a Roma.

31) *Documentation Catholique*, 1960, col. 1572.

32) Para la cuestión completa, véase *La Documentation Catholique*, 1960, col. 109-110.

33) Hebblethwaite escribe crudamente (*op. cit*., p. 577): "Tras librarse de Tardini, Bea puede orquestar audiencias para todos los líderes de las Iglesias que se dignen venir". Recuerdo que el cardenal Tardini falleció el 30 de julio de 1961, pero llevaba algún tiempo cansado y enfermo, además de amargado por el "nuevo rumbo". En el *Diario del Alma*, Juan XXIII recuerda la muerte de los cardenales Tardini y Canali como una perturbación de su paz: "Desafortunadamente, ni siquiera en este caso las circunstancias correspondieron a nuestro deseo común de absoluta y tranquila soledad. La partida a las más altas esferas de dos cardenales, uno más ilustre que el otro, me llenó de serias y múltiples preocupaciones..." (15 de agosto de 1961, nota).

34) El canónigo Pawley fue un excelente ejemplo de ecumenismo vivido, ya que estaba casado con una ortodoxa rusa (cf. Hebblethwaite, *op. cit*., pág. 721). El 24 de febrero de 1961, el *Church Times* publicó la noticia del nombramiento de Pawley como representante de los anglicanos en Roma. El suceso alteró las relaciones entre Juan XXIII y el *Secretariado* de Bea, al que se le pidió que tuviera en cuenta a la jerarquía católica inglesa. El desastre lo armó Fisher, quien "aceleró los trámites sin tener en cuenta las consideraciones necesarias, sin avisar previamente a Roma ni solicitar la aprobación de la persona elegida" (*Schmidt*, *op. cit*., p. 368).

35) Jackson regresaba de la III Asamblea del *Consejo Mundial de las Iglesias*, celebrada en Nueva Delhi (*La Documentation Catholique*, 1962, col. 344).

36) Craig estaba acompañado por Alexander Me Lea, rector del Templo Escocés en Roma, y por Stuart Louden (*Osservatore Romano*, 29 de marzo de 1962, *La Documentation Catholique*, 1962, col. 499).

37) Curiosamente, *La Documentation Catholique* no menciona nada sobre la segunda visita de nuestro simpático perseguidor de los ritos romanos. Ni siquiera en *L'Osservatore Romano*. Solo unas líneas del servicio de prensa del Vaticano. Y, sin embargo, según Zizola (*op. cit*., pág. 234), otros 44 "obispos" anglicanos estuvieron presentes con Stockwood.

38) LORIS CAPOVILLA, *Natale 1975, Capodanno 1976*, panfleto sobre el pensamiento de Juan XXIII respecto al ecumenismo, citado por Hebblethwaite, pág. 577.

39) Cf. *Sodalitium*, nº 40 y 41, 17 y 18 episodio de "*Il Papa del Concilio*".

40) Ver: EMMANUEL RATIER, *Misteri e segreti del B'nai B'rith, Sodalitium,* , Verrua Savoia, 1996.

41) J. OSCAR BEOZZO, *Il clima esterno*, en: *Storia del concilio Vaticano II*, *op. cit*., vol. I, pág. 418, citando a A. GILBERT, *The Vatican Council and the Jewish*, Cleveland-Nueva York, 1969, apéndice G, pág. 292.

42) P. HEBBLETHWAITE, *op. cit*., págs. 584-585, citando a L. CAPOVILLA, *Ite Missa est*, Messaggero, Padova e Grafica e Arte, Bérgamo, 1983, pág. 188.

43) *La Documentation Catholique*, 1962, columnas 412-413.

44) *La Documentation Catholique*, 1962, columna 1024*

45) Cf. *La Documentation Catholique*, 1961, columnas 99-110, y también 1962, col. 1294.

46) MONS. DIDIER BONNETERRE, *Le mouvement liturgique*, ed. Fideliter 1980.

47) Un chiste de la época, bromeando sobre los numerosos viajes del anciano cardenal, decía: «Viajas con BEA» (un juego de palabras entre el apellido Bea y el acrónimo de la aerolínea británica).

48) Por ejemplo, en *Sodalitium*, nº 41, págs. 51-53.

49) S. SCHMIDT, *op. cit*., pág. 360.

50) AAS 42, 1950, 142. Esta *Instrucción* mitigó la severidad del *Monitum* del 5 de junio de 1948 (AAS 40, 1948, 257), que prohibía la participación "en conferencias mixtas de no católicos con católicos», en particular "cuando se trata de las llamadas 'conferencias ecuménicas'" (se refería a la Primera Asamblea General del *Consejo Mundial de las Iglesias*, celebrada en Ámsterdam en 1948). Por lo tanto, a todos les sorprendió un nuevo decreto sobre el mismo tema menos de dos años después, que, si bien mantenía

sustancialmente la prohibición, era más abierto. El Padre Schmidt deja claro que el cambio se debió a la influencia de Bea, quien, entretanto, se había convertido en consultor del Santo Oficio (cf. S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 252; A. Bea, *op. cit.*, pág. 21-22). A falta de algo mejor, Bea siempre citó la instrucción de 1949 para apoyar su acción ecuménica, pero en este caso fue Ottaviani quien la volvió en su contra...

51) P. HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, págs. 535-536, quien cita a Juan XXIII, *Lettere 1958-1963*, editado por LORIS F. CAPOVILLA, *Storia e Letteratura*, Roma, 1978, pág. 504.

52) «"El propio Dr. Visser't Hooft relata que no se lo mencionó a sus colegas ni a su esposa, y que el portero de la casa religiosa donde tuvo lugar la reunión había sido advertido de no preguntar el nombre del visitante. El secreto se mantuvo durante seis años. Después de la reunión, Visser't Hooft le dijo a Willebrands: "En verdad, este hombre no solo ha leído y estudiado el Antiguo Testamento, sino que ha hecho suya la sabiduría de los hombres del Antiguo Testamento"». «En cuanto al proyecto de esta reunión —especifica Schmidt—, el propio cardenal contó que previamente le había preguntado a Juan XXIII si consideraba oportuno contactar con el *Consejo Mundial de las Iglesias*. El Papa había dado una respuesta indicativa de la situación en aquel momento: "El asunto no me parece maduro". "Por mi parte —concluye el cardenal—, llegué a la conclusión de que era necesario dejarlo madurar" (S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 361). La pregunta persiste: ¿se ocultó también a Juan XXIII la reunión secreta entre Bea y Visser't Hooft?

53) S. SCHMIDT, *op. cit.*, págs. 370-371.

54) SCHMIDT (*op. cit.*, pág. 371, nota 53) escribe: "Contrariamente a lo que afirma R. KAISER (*Inside the Council. The story of Vatican II*, Londres, 1963, pág. 42), no hay pruebas de que hubiera intervención alguna del Papa". Pero sin esta intervención, la retractación de Ottaviani resulta inexplicable.

55) Muchos creían que Ramsey actuó como intermediario en las relaciones con los Soviets también para el cardenal Bea (cf. P. HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, pág. 588).

56) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 372.

57) P. HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, págs. 588-591.

58) S. SCHMIDT, *op. cit*., cf. en particular, todo el capítulo *Sensibilizzare il popolo cristiano alia causa dell'unità* (págs. 404-450) y la bibliografía del cardenal Agostino Bea (págs. 889-922), especialmente, para el tema y el período que nos interesa, en las págs. 897-906.

59) *Civiltà Cattolica*, 111 (1961, 1) 113-129; en inglés: *Positions of Catholics regarding Church unity*, en: *The Ecumenical Council and the Laity*, Paulist Press, Nueva York, 1961, págs. 3-23; en francés: *Problemes el Voies de l'unité des chrétiens*, en *La Documentation Catholique* (1961), col. 79-94 (la tercera parte es diferente, y la Doc. Cath. indica que el texto corresponde a la conferencia de Ferrara de noviembre de 1960). El artículo también se publicó en alemán y neerlandés.

60) P. HEBBELWAITHE, *op. cit*., págs. 536-539.

61) S. SCHMIDT, *op. cit*., pág. 405. Fue la tercera conferencia ecuménica de Bea. La primera tuvo lugar en Ferrara, en la casa de los padres jesuitas de Casa Cini, el 9 de noviembre de 1960.

62) P. HEBBLETHWAITE, *op. cit*., pág. 539. En realidad, la cita de Juan XXIII adoptada por Bea no tiene un significado tan claro como afirman los dos jesuitas (Bea y... Hebblethwaite). En su discurso (cf. *Osservatore Romano*, 14-15 de noviembre de 1960; *Documentation Catholique*, 1960, col. 1480-1481) Juan XXIII atacó (¡ya!) a quienes tienen una visión negativa y "pesimista" del mundo moderno (!): a ellos, Juan XXIII objetó que Cristo "no abandonó el mundo que redimió: la Iglesia fundada por él, una, santa, católica y apostólica, sigue siendo todavía y para siempre su Cuerpo místico". Por lo tanto, cuando, inmediatamente después, Juan XXIII afirma que "todo bautizado" pertenece al Cuerpo místico, la frase puede entenderse como lo hace Bea (ampliándola a los no católicos) ¡pero también limitándola a los miembros bautizados de la Iglesia una, santa, católica y apostólica! Ya en la conferencia de Ferrara, donde Bea no citó para sustentar su tesis el discurso de Juan XXIII, pronunciado poco después, citó abusivamente el canon 87 del Código de Derecho Canónico y la encíclica de Pío XII, *Mediator Dei*, fingiendo ignorar la clarísima doctrina, opuesta a sus errores, de la *Mystici Corporis*. ¿Cuál es, entonces, la responsabilidad de Juan XXIII? La de, como veremos mejor más adelante, haber conocido y respaldado la interpretación heterodoxa de su discurso del 13 (o 14) de noviembre.